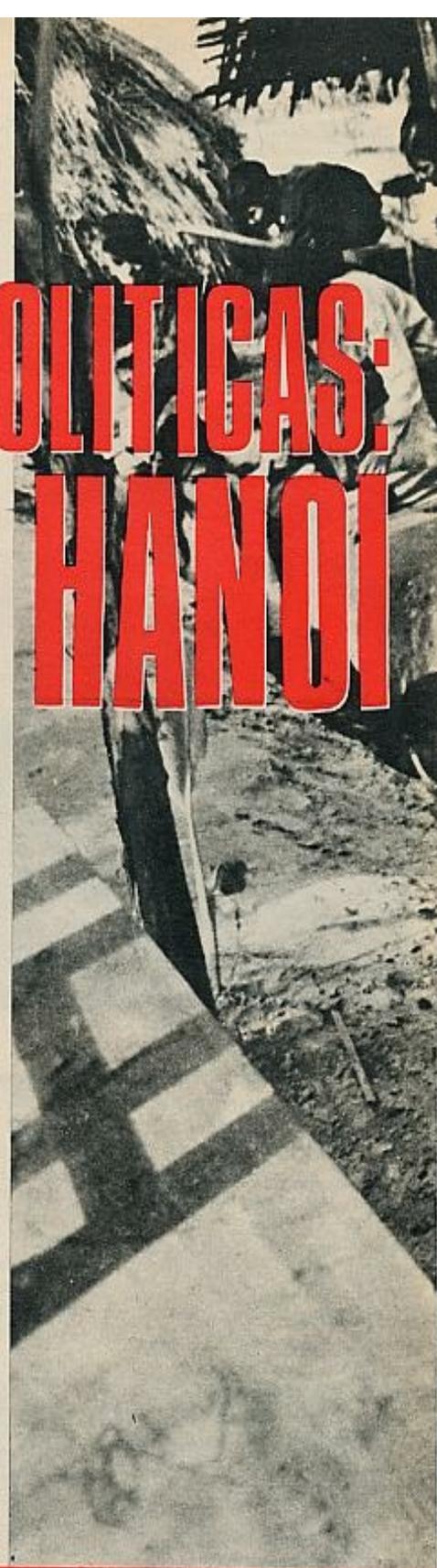


y 3

DOS RETAGUARDIAS POLITICAS: WASHINGTON Y HANOI



La vida cotidiana está condicionada, en el Vietnam del

Si nada en la historia puede interpretarse correctamente fuera de su contexto, la guerra del Vietnam es, de acuerdo con este criterio, un caso límite. Sería casi imposible comprenderla excluyendo los condicionamientos de la relación de fuerzas a escala mundial. No podría entenderse si se hiciera abstracción de la guerra fría, de la estrategia norteamericana en Asia, del papel de la República Popular China en Oriente. Ciertamente, no hay que olvidar que nos hallamos, en primer término, ante una guerra civil, en la que se debate el destino de un pueblo con-



Norte, por la «escalada». Los niños han de camuflarse para ir a la escuela. En los centros escolares se han construido zanjas para que sirvan de refugios antiaéreos.

creto, que es el que lucha y muere todos los días, ajeno a los intereses que prevalecen a nivel, digamos, planetario. Pero el curso de la contienda, sus características, su forma, su porvenir, están directamente determinados por un conflicto que desborda las fronteras de la vieja Indochina porque se instala, desde hace veinte años, no sólo sobre la mesa de las más importantes cancillerías, sino en el mismo corazón de la vida cotidiana de todos los países.

Sin embargo, si cabe, y es forzoso intentarlo, realizar un examen de los facto-

res más directamente condicionantes de su desarrollo, situar y valorar los más inmediatos respaldos con que cuentan las fuerzas en pugna. Así lo haremos hoy de la manera más sencilla, desapasionada y somera, al considerar lo que vamos a denominar «retaguardias políticas».

los presupuestos

Para llegar a una mínima racionalización del tema que vamos a abordar conviene es-

tablecer por adelantado los presupuestos de la problemática vietnamita tal como se expresa hoy ante nuestros ojos. Se impone, pues, aunque sólo sea resumir el proceso histórico que desemboca en la situación actual y que en última instancia la explica. Reiteremos, en esquema, una información que, en una perspectiva de fría objetividad, no conviene soslayar.

Vietnam —lejano Sur— cuenta con una población de más de treinta millones de habitantes. En el plano religioso predominan los budistas, pero existe **SIGUE**

una fuerte minoría de católicos, un elevado número de caodaístas, y decenas de miles de adeptos a otras sectas. En 1883 se convirtió en una colonia del imperio francés. En los primeros años cuarenta el país fue invadido por los japoneses. El pueblo vietnamita organizó la resistencia. Ho-Chi-Minh, que había logrado establecer, en una reducida zona, lo que llamó «República Democrática del Vietnam», negoció con los franceses la independencia para un posible futuro —una vez expulsados los japoneses— en 1942. Vencidos los nipones, el acuerdo quedó roto (parece ser que los franceses, bajo la orientación de un brillante militar, Thierry D'Argenlieu, entendieron más conveniente para su política crear una república cochinchina «independiente») y las milicias organizadas bajo el mando del Vietminh, atacaron, en la noche del 19 de diciembre de 1945, a los cuatro meses de haber terminado la guerra mundial, las posiciones militares francesas.

La guerra franco-vietnamita duró nueve años, con un balance de un millón de muertos. Las tropas francesas fueron vencidas en Dien Bien Fu, y en Ginebra se negoció, ya a nivel de grandes potencias, el estatuto de la pacificación. El paralelo 17 dividió en dos, provisionalmente, al país. En el Sur, el Emperador Bao Dai, amigo de los franceses, cedió su régimen a Ngo Din Diem, amigo de los norteamericanos. La política de Diem, estrechamente ligada a la de Foster Dulles —eran los tiempos más agudos de la guerra

fría—, condujo a la formación de un frente de contención de la influencia china. El neutralismo del Norte y el del Sur —teóricamente formalizado en Ginebra— quedó a merced de los vaivenes de la tensión a escala mundial. Ello no hubiera tenido trascendencia si Diem no hubiese cometido errores en su política interna. Parece ser que protegió los intereses de pequeñas minorías conservadoras y desatendió los de la mayoría de la población, lo cual provocó un conflicto civil que hizo peligrar la estrategia americana y determinó la intervención de Washington. Finalmente, los propios norteamericanos, volcados en la contienda, liquidaron —incluso físicamente— a Ngo Din Diem, y para fortalecer su posición iniciaron la llamada «escalada». Esta política, concebida en principio por Kennedy, ha tendido a convertir en beligerante al Vietnam del Norte, y a dar por inexistente todo conflicto interno en Vietnam del Sur.

Tales son, en rapidísimo esquema, los antecedentes.

primera retaguardia: hanoi

Se incurriría en error si se intentara explicar la personalidad de Ho-Chi-Minh en función de los criterios que prevalecen cuando se juzga a

los dirigentes chinos, su política y su táctica. La ejecutoria de este poeta, convertido en dirigente político, no tiene parentesco con la de los hombres de Pekín. No ha habido ninguna relación histórica entre ellos. El «tío Ho», como le llaman las masas del Vietnam del Norte, se convirtió al comunismo en el congreso de Tours —donde nació el P. C. francés— y desarrolló su acción siempre dentro de la perspectiva de su país. Viajó por el mundo, estuvo en cárceles francesas, estudió idiomas, leyó textos políticos clásicos. Habla inglés, francés y castellano (vivió en América del Sur). Se ha destacado como poeta (sus poemas son subjetivos, hacen referencia a su experiencia, no son «estéticos» —como los de Mao— ni tampoco «sociales», en el sentido en que el término se entiende entre nosotros. Su verso es más dramático, e incluso patético, que «triumfalista»), y hoy es, sobre todo, un símbolo. Si hablásemos en el lenguaje convencional de la política —aunque éste no sea el caso— habría que otorgarle el calificativo de nacionalista, por cuanto que su política no sigue la línea china a pesar de la presión que los chinos ejercen sobre su país por razones geográficas. Pero Ho-Chi-Minh se encuentra, ideológicamente —en esta hora las convenciones militares y geopolíticas sirven de muy poco—, en la línea de la U. R. S. S.

Su condición de símbolo deriva de su sólida personalidad. Esquematícemos su biografía: na-



El «ejército contra disturbios» es una organización yanqui entrenada para solucionar posibles desórdenes civiles. Interviene a menudo en el Vietnam del Sur.

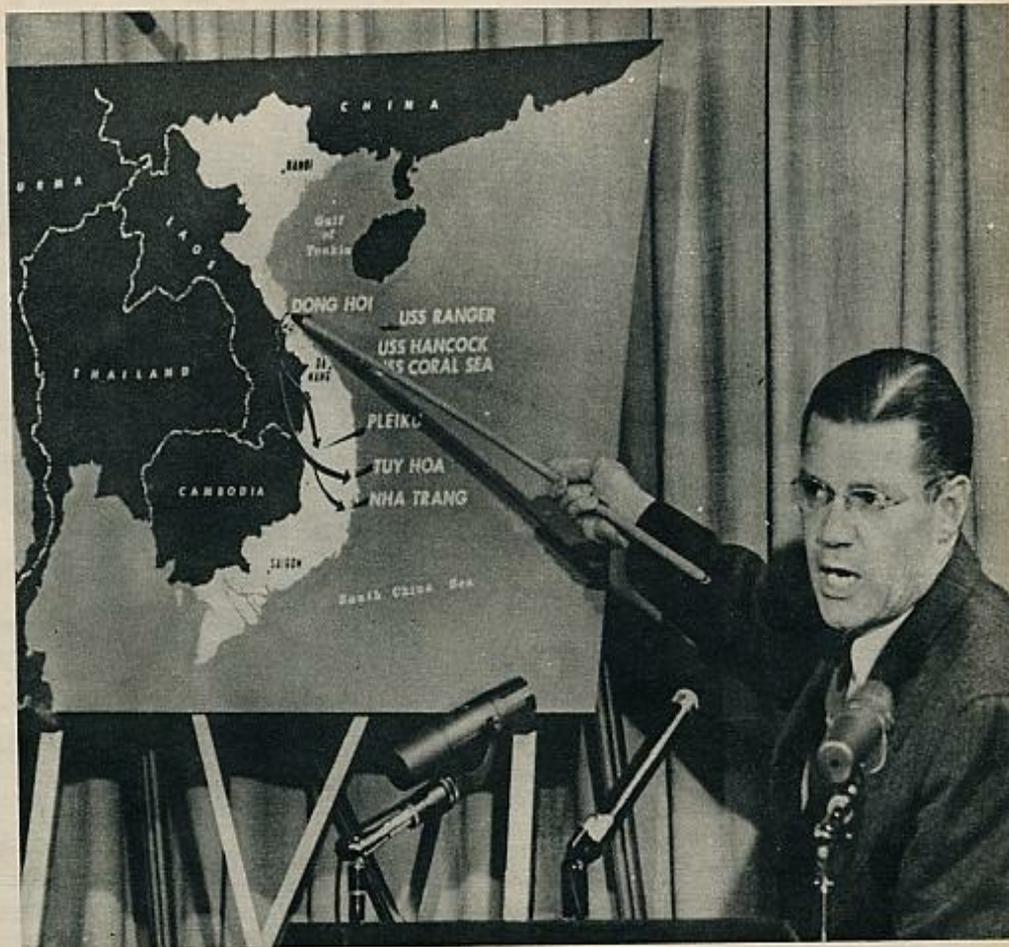
DOS RETAGUARDIAS POLÍTICAS:



Estos son los hombres del Pentágono, el estado mayor conjunto, los cinco generales que rigen, al más alto nivel, la estrategia bélica en el Vietnam.

ció en un pueblo al Norte de Annam en 1890. Su padre era un modesto funcionario. Al cumplir los veinte años se enroló en un barco mercante como mozo de cocina. Llegó a Londres, donde trabajó en el Hotel Carlton como pastelero. Al terminar la guerra europea se trasladó a París, colocándose como fotógrafo. En la capital francesa comenzó su vida de activista revolucionario. Del resto de su ejecutoria existen noticias vagas. Lo único concreto que se conoce es que se hallaba en el Norte del Vietnam cuando se inició la invasión japonesa. Se sabe, sin embargo, que participó en el congreso socialista de Tours, como ya hemos indicado, y que estuvo en Moscú en múltiples ocasiones. Mientras un dirigente como Mao —valga el ejemplo— se define primordialmente como un hombre rigurosamente ligado a su circunstancia geográfica e histórica —nunca abandonó China, nunca se planteó más que problemas específicamente chinos—, Ho-Chi-Minh vivió intensamente los conflictos que determinaron la escisión en el socialismo francés y que en aquel momento desgarraban a todo el socialismo mundial, y aunque parece ser que en ningún momento abandonó la perspectiva independentista, tuvo ocasión de conocer a fondo —y de protagonizar— los problemas de la izquierda occidental en una hora decisiva. No hace falta subrayar, por otra parte, el hecho, obvio dada su circunstancia personal, de su formación cultural profundamente francesa, que él, según se dice, reconoce abiertamente siempre. (Y al llegar aquí es justo hacer notar que los franceses, en su afán de extender su cultura, fueron, en Indochina, hasta extremos ni siquiera ima-

SIGUE

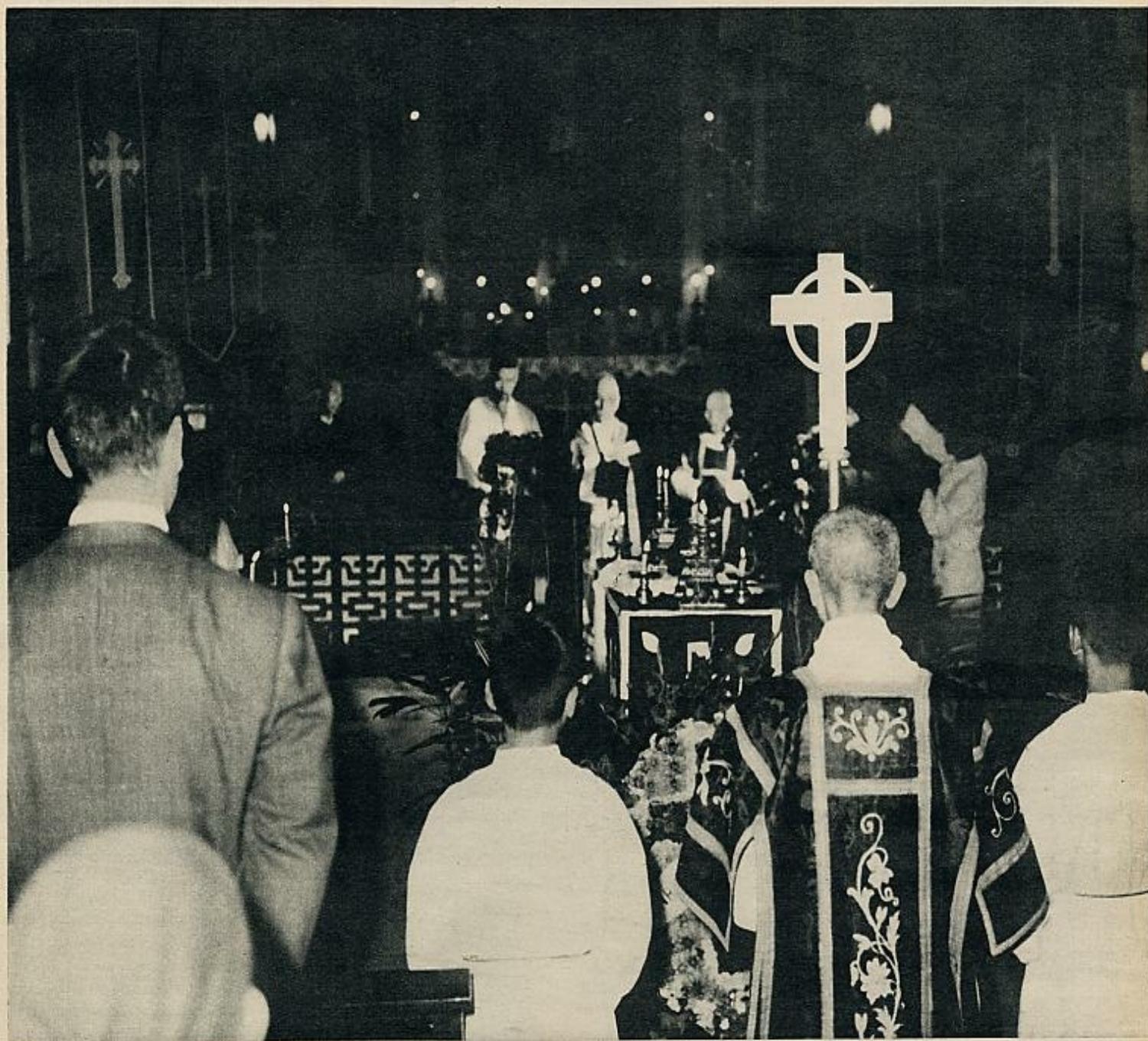


Un hombre clave en la «retaguardia política» washingtoniana: el secretario de Defensa Robert S. Mac Namara, uno de los «duros» del gobierno norteamericano, autor e inspirador de la «escalada» aérea en el Vietnam.



En el Vietnam del Norte las baterías antiáreas enfocan permanentemente un cielo hostil. Algunas de estas baterías están servidas por mujeres. Toda la población se halla movillzada contra la «escalada». El principal vehículo de transporte es la bicicleta, los llamados «taxis del Marne» por los franceses.





Un reportero de «Camera Press» obtuvo esta foto en el Vietnam del Norte. Un sacerdote católico celebra una misa por las víctimas de uno de los frecuentes bombardeos.

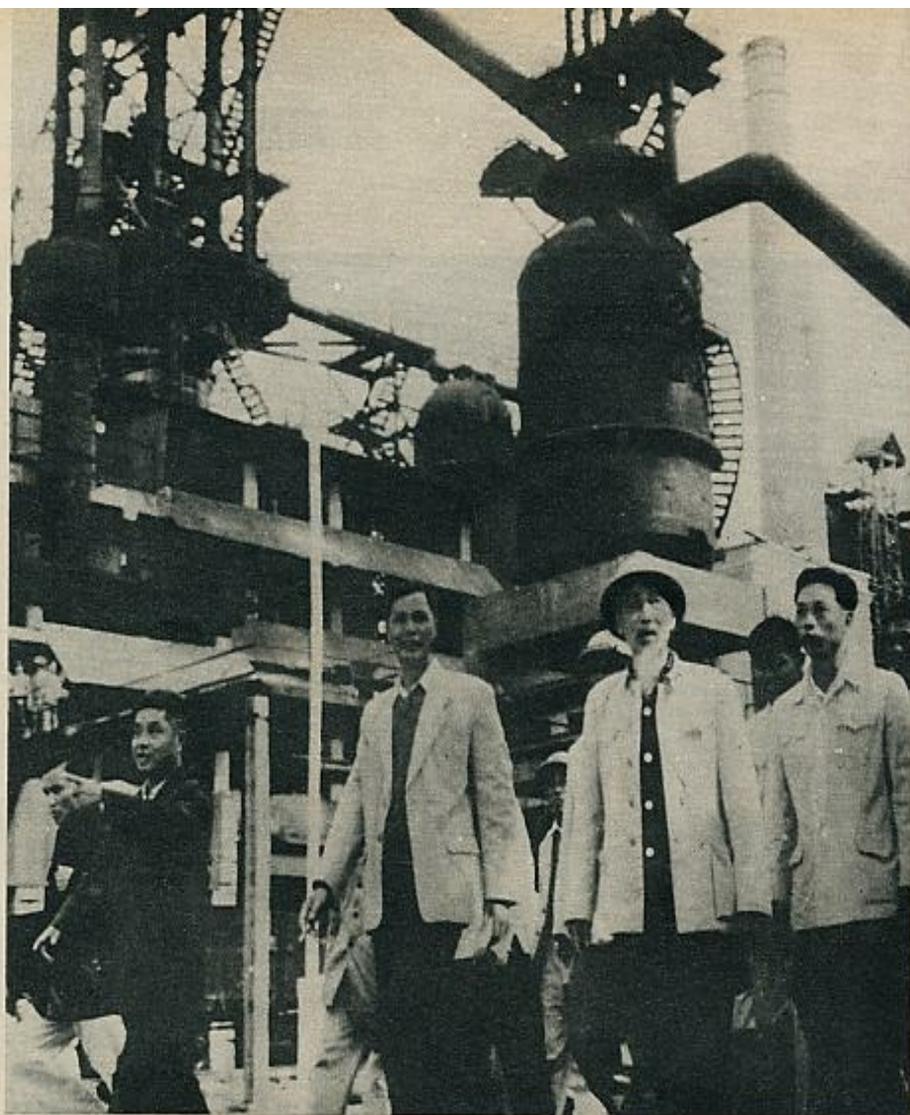
ginados por el colonialismo inglés —del que, por cierto, todavía tenemos nosotros buenas pruebas—, hasta el punto de establecer en las escuelas un programa de enseñanza que inculcaba a los niños vietnamitas la idea de que Carlomagno había sido su antecesor histórico.) Quizá esto explique la ascendencia que aún conserva Francia en el Vietnam, muy bien aprovechada por este nacionalista de singular talento que se llama Charles de Gaulle.

Pero no es Ho-Chi-Minh, ya muy viejo, quien cuenta solamente en Vietnam del Norte. A su lado hay un hombre, joven todavía, que no es ni poeta, ni teórico, ni estadista: es un militar. Un militar de nuevo tipo que seguramente no

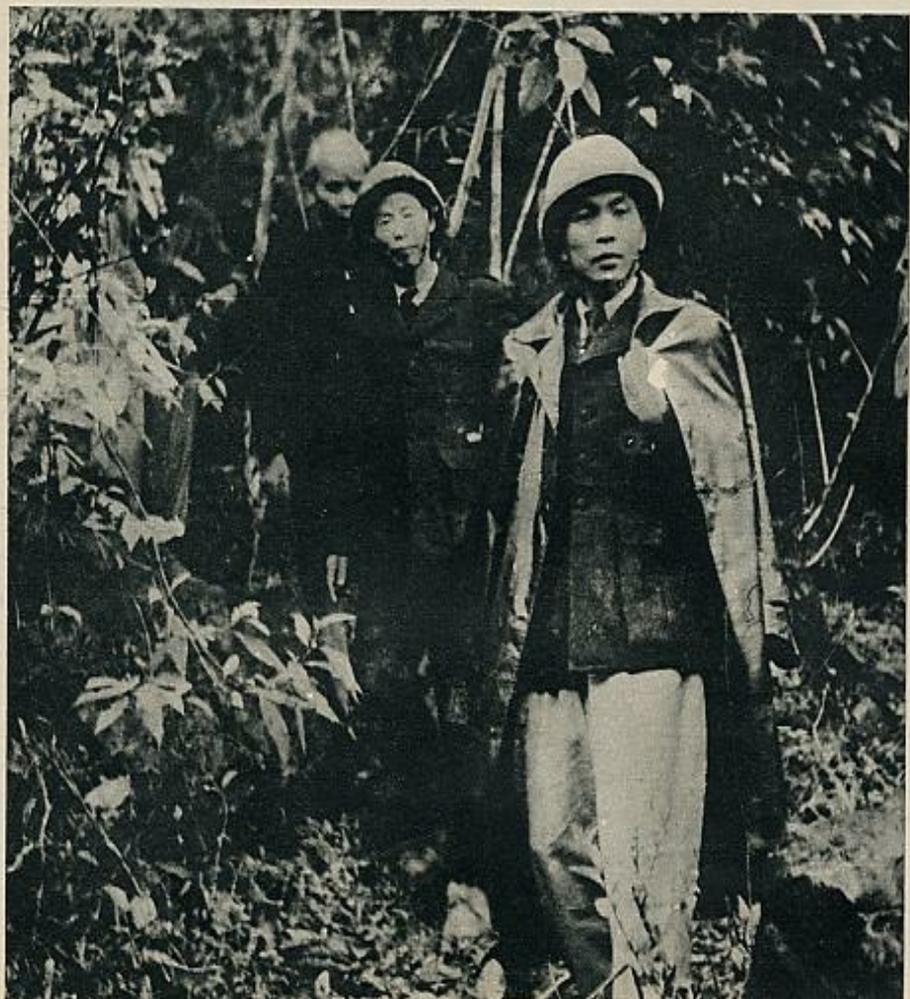
hubiera sabido planear el desembarco de Normandía ni la batalla de las Ardenas. Ni Saint Cyr ni la escuela prusiana podrían haberle enseñado el arte de la guerra que él practica. Su técnica tiene un origen distinto: hizo su aprendizaje en los nueve años de lucha que libró contra los franceses. Los periodistas galos suelen llamarle «el Napoleón del Vietnam». Parece ser que sabe corresponder a su sobrenombre. Nguyen Giap es, en efecto, un general político que, en circunstancias más brillantes, hubiera alcanzado mayor nombradía. Aunque no son escasos sus méritos militares: él fue el vencedor de la batalla de Dien Bien Fu que decidió la independen-

cia indochina. Relatemos rápidamente los datos que de él se conocen en Occidente. De extracción campesina —hijo de una familia de pequeños propietarios del centro del Vietnam—, aparece públicamente por primera vez en 1926 como miembro activo de la organización clandestina anti-francesa «Newannam». En los años treinta establece contacto con Ho-Chi-Minh en el Sur de China, a donde le conduce la represión. Su mujer fue hecha prisionera por los franceses y murió en la cárcel. En 1947 se volvió a casar con una guerrillera. Hoy es vicepresidente del Gobierno y comandante en jefe del Ejército de Vietnam del Norte. En 1954 firmó los acuerdos de Ginebra.

SIGUE



El gobierno del Vietnam del Norte tiende a dispersar sus equipos industriales, para librarlos de los bombardeos. Arriba, Ho-Chi-Minh visitando un centro metalúrgico. Abajo, Giap entre sus soldados en la jungla.



Datos fríos y sin otro valor —incluidos su cargo y sus éxitos bélicos— que el anecdótico. Porque su relieve se lo confieren sus dotes guerreras, sus métodos específicos para hacer frente al adversario. Este Napoleón no es un militar académico. Seguramente es injusto atribuir a Mao Tse Tung (o a Ernesto Guevara) las reglas que rigen el arte de la guerrilla. La experiencia de Giap —y es lógico medir el arte en cuestión por la experiencia— es mucho más larga e indiscutiblemente más intensa. Giap no es un teórico —no ha formalizado sus conocimientos en un tratado ni ha enunciado nunca su método—, pero su práctica ofrece mayor crédito por más antigua y mejor desenvuelta en condiciones muy diversas (nadie duda hoy que las guerrillas de Vietnam del Sur reciben su consejo). Todo indica que en Hanoi es el hombre fuerte, tanto en el plano militar como en el político. Mientras Ho constituye un símbolo, Giap es el hombre de acción que conduce la política y la guerra. Porque esta «retaguardia», no lo olvidemos, libra una guerra. Una guerra no declarada, pero efectiva.

la escalada desde el otro lado

Esta guerra comenzó en el mes de febrero de 1965. Johnson, consecuente con una estrategia de la que asumió la responsabilidad al mismo tiempo que la presidencia —en su descargo conviene hacer constar que prosiguió puntualmente una programación que había recibido en herencia (aunque tampoco, antes al contrario, hizo nada por cambiarla)—, determinó el comienzo de la «escalada», según los planteamientos del Pentágono. Se inició entonces el bombardeo de las bases militares del Vietnam del Norte. La «retaguardia» del F. N. L. Ya no sirven de nada, cuando se está al Norte del paralelo 17, los conocimientos, la táctica y los métodos de Giap. Se trata, sencillamente, de defenderse. Hay que librarse de las bombas, hay que seguir, como sea, la vida de todos los días. Disponemos de pocos datos para saber qué es lo que ocurre en el Vietnam del Norte desde que la «escalada» comenzó. Algunos periodistas occidentales nos han descrito la nueva situación. Burchett, que ha estado allí, nos relata en tono fogoso lo que ha visto en la provincia de Minh Binh, en Hanoi, en la ciudad de Nam Dinh. De los noventa y cinco mil habitantes de esta última, cincuenta mil han sido evacuados. Todo ha sido reorganizado en función de la defensa. Las instalaciones industriales son dispersadas en los bosques. Se abren zanjas en torno a las escuelas. Se construyen refugios colectivos e individuales para escapar de los efectos de las bombas.

Aquí el frente se halla en todas partes, abarca todo el ancho cielo. Podríamos presentar en cifras el ejército de este pequeño país —250.000 hombres en tierra, encuadrados en una docena de divisiones; 5.000 hombres en la aviación, 3.000 en la marina—, pero la imagen que de ellas se desprende no es la verdadera. Contra este cielo torvo hasta los niños tienen que defenderse. Las mujeres manejan las baterías anti-aéreas. Los hombres, ¿descienden hacia el Sur



Vietnam del Norte se halla en pie de guerra, mientras aguarda una extensión de la «escalada». Ho-Chi-Minh y Giap tras la inspección de una unidad militar.

como afirma Washington? ¿Cruzan el paralelo 17? Tal es una de las cuestiones clave de la guerra.

washington, retaguardia

Toda la estrategia del Pentágono se basa en considerar beligerante a Hanoi. El F. N. L. no existe. Esta es una guerra del Norte contra el Sur. Toda negociación de paz tiene que partir de este hecho; no hay diálogo si el Vietcong se sienta enfrente.

La «guerra sucia», como la llaman los «liberales» yanquis, condiciona hoy toda la política exterior norteamericana y se refleja, bien como desgarramiento, bien como amenaza de desequilibrio —el fantasma de la inflación flota sobre Wall Street—, en el interior del país. El desgarramiento interno alcanza incluso al nivel de la alta política. Robert Kennedy, Fulbright, Morse, Church, piden imperativamente el cese de la «escalada» y la negociación. La extrema derecha exige, por el contrario, una acción aún más ené-

gica. La Universidad es pacifista; la juventud se manifiesta contra la guerra.

En la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado el debate sobre el porvenir del conflicto alcanza un tono polémico sin precedentes. Johnson y el Pentágono se mantienen, sin embargo, firmes, mientras Ho-Chi-Minh anuncia que está dispuesto a resistir la «escalada» durante veinte años. Pero si Johnson cediera, toda la estrategia norteamericana en el Sudoeste asiático se vendría abajo. Y en esta retaguardia no hay, ahora, políticos creadores.

La guerra no desciende del cielo como en el Vietnam, pero aquí se vive también en un clima febril. No hay que preparar refugios en las escuelas, pero son precisamente éstas las que alzan la voz para desafiar a la Casa Blanca. El apoyo popular al Presidente ha descendido en los últimos meses: sólo el 46 por ciento de sus conciudadanos respalda su política. Las protestas callejeras se multiplican. Desde Berkeley hasta Columbia, el clamor arrecia. Joan Baez impone su

voz rebelde, y Bob Dylan y Pete Seeger... La ponderada palabra de Fulbright resuena en Washington. El inconformismo se extiende. Pero la «escalada» continúa.

tal es la realidad

Tal es, en esquema, la realidad de las dos retaguardias, de los dos poderosos respaldos que condicionan el desarrollo de la guerra civil sudvietnamita. Sabemos, pues, muy poco de la que tiene su centro en Hanoi, salvo que se halla dispuesta a resistir y que toda la nación está movilizada. Sabemos más de los desgarramientos, las crisis, las contradicciones que dividen a la que tiene a Washington por capital. Quizá el máximo valor de este reportaje reside en los testimonios gráficos que aportamos, debidos a periodistas franceses y aún inéditos en Occidente.

T. M. S.

Foto: LAURA FORESTIER, CAMERA-PRESS-ZARDOYA Y ARCHIVO.